

¿CÓMO CONSTRUIR PAZ EN TIEMPOS DE GUERRA?

Olga Consuelo Vélez Caro
Directora Teología Universidad Javeriana

A lo largo de estos años, desde el ámbito académico hemos querido responder a esta pregunta desde diferentes acercamientos. Cada persona, cada institución, cada programa aporta algunas luces y la reflexión suscitada es ya, de alguna manera, un intento de construir la paz. ¿Qué cosas nuevas podemos decir que ya no se sepan o que no se hayan dicho antes? Posiblemente ninguna. Pero este intento de seguir preguntándonos sobre esta realidad tan actual en nuestro país es lo que vale la pena y lo que le da sentido a este espacio. Para mí, personalmente, es muy importante no perder la capacidad de hablar de estas realidades, no dejar que se banalicen y pierdan interés.

En este contexto quiero centrar mi reflexión en tres aspectos. En primer lugar, ¿de qué paz estamos hablando? Con las múltiples y variadas experiencias que vivimos, es necesario precisar qué estamos entendiendo cuando abordamos cualquier realidad. Le damos tantos contenidos distintos a las palabras, que una aclaración, en este sentido, nunca sobra. En segundo lugar quisiera referirme a la experiencia cristiana desde la cual abordamos este tema. ¿Hay algo que los cristianos podamos aportar a la construcción de la paz? O mejor, ¿la fe que profesamos tiene una palabra que decir a la construcción de la paz? En este punto es necesario señalar que la experiencia cristiana no es la única llamada a construir la paz, ni mucho menos la que tiene la respuesta definitiva. Es necesario entrar en diálogo con todos los actores sociales y articular todos los esfuerzos. Cada vez somos más conscientes de la corresponsabilidad que tenemos “todos” en “todo” y de lo irresponsable que resulta creer que alguna instancia tiene la verdad única y definitiva y, por lo tanto, la última palabra. Finalmente quisiera señalar ¿por dónde pasa la paz? con el intento, no de solucionar la problemática -que nos desborda-, sino con el deseo de tener algunas referencias que iluminen nuestro diario caminar y nos ayuden a ser constructores y constructoras de paz.

1. ¿DE QUÉ PAZ ESTAMOS HABLANDO?

Podríamos referirnos a varias maneras de entender la paz que se dan en nuestro contexto. Quiero referirme a dos. La primera, que está presente en muchas personas, es la de hablar de la paz como contrapuesta a la guerra, en nuestro contexto, la paz como consecuencia de terminar con los grupos armados ilegales. Tal vez este es el sentido más generalizado en la actualidad y por eso ante la urgencia que se vive hoy de búsqueda de la paz se responde, entre muchas otras cosas, apoyando incondicionalmente la llamada “seguridad democrática” y el imaginario colectivo de que se va a ganar esta guerra. Esta expectativa alimenta la capacidad de “creer” y de “esperar” que la continuidad de un gobierno llegue a realizar ese objetivo y hace posible “dejar” para un futuro, la solución de tantas necesidades básicas y urgentes que tienen la mayoría de los colombianos. No se desconoce que el actual gobierno ha respondido muy poco a las cuestiones sociales pero se acepta “resignadamente” esa carencia bajo el ideal de que una vez terminada la guerra se tendrá tiempo y posibilidades de atender los otros asuntos.

La segunda acepción es la de entender la paz como el mantenimiento del orden establecido. Todo cambio, toda propuesta alternativa, toda posibilidad de pensar, hacer o realizar las cosas de otra

manera, nos perturba la paz alcanzada. Por eso la primera reacción ante todo cambio que se propone es la de rechazarlo y mirarlo con sospecha. Suena a revolución, esto a guerra y se repite el esquema antes señalado.

Aquí nos queremos referir a la paz como fruto del Espíritu (Gál 5, 22) derramado en nuestros corazones (Rom 5, 5) que a diferencia de las dos acepciones que acabamos de señalar, no se limita a entenderse como contrapuesta a la guerra –primera definición- ni tampoco como ausencia de tensión y cambio de lo establecido –segunda acepción-. En otras palabras, hablamos de la paz que presupone la experiencia de fe, es decir, la experiencia de descubrir a Dios aconteciendo en la historia, “trabajando en el campo, independiente de que el sembrador este dormido o despierto” –parábola de la semilla que crece por sí sola (Mc 4, 26)- y que, por lo tanto, nos permite señalar otros aspectos y marcar otros horizontes que posiblemente sin este horizonte de fe sería imposible señalar.

2. ¿QUÉ APORTA LA FE A LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ?

¿Cuáles son esos aspectos que la experiencia de fe puede aportar a la construcción de la paz? Mirando algunos datos bíblicos podemos afirmar que la paz es don y tarea, que la paz nace de dentro y que ha de experimentarse personalmente para vivirla comunitariamente.

La paz es un don, es fruto de la presencia de Dios entre nosotros. Partir de esta afirmación no está exento de dificultades. Afirmar que la paz es un don parece liberarnos de toda responsabilidad porque supondría que si no existe es porque no se nos da. Pero entendamos bien. En la experiencia cristiana todo don afirma la absolutez de Dios pero, al mismo tiempo, todo don implica la respuesta humana que acoge ese don, que lo deja desplegar en la historia, que lo hace fructificar como en la parábola de los talentos (Mt 25, 14ss). En este sentido la fe cristiana aporta el sentido profundo de la paz como don que se acoge y compromiso que se adquiere. Como don, supera nuestras posibilidades y siempre nos desborda. Nunca llegaremos a decir “esta es la paz”, “aquí existe la paz”, “conseguimos la paz” pero siempre nos da la oportunidad de hacerla posible, de concretarla, de darle visibilidad, de vivirla, saborearla y experimentarla.

En las palabras que Jesús dirige a sus discípulos: “Les dejo la paz, les doy mi paz. La paz que yo les doy no es como la que da el mundo” (Jn 14, 27), podemos reconocer la diferencia entre la paz que proviene de fuera y la que nace de dentro. No vamos a oponerlas de manera irreconciliable porque nadie puede negar que un ambiente de paz exterior contribuye y posibilita, decididamente, la paz del corazón y que, al mismo tiempo, tener paz dentro de sí hace posible un exterior transformado generador de paz. Pero sin olvidar esta mutua implicación, la diferencia que marca Jesús entre la paz del mundo y la que El nos da, radica en que la experiencia de fe posibilita esa paz que nace de dentro, de la que se podría hablar en términos de autenticidad, coherencia interior, tranquilidad de conciencia, realización personal. En ese sentido Jesús les hacía caer en cuenta a los fariseos de su tiempo que “no daña al ser humano lo que esta fuera” sino lo que “viene de dentro” porque del corazón proceden las malas intenciones (Mt 15, 11.19). Dicho en positivo, del corazón proviene lo que es cada ser humano y quien es una persona de paz no queda a merced de las circunstancias sino que desde su ser las vive y las afronta.

El saludo del Resucitado “La paz esté con ustedes” (Jn 20, 21) señala esa conexión con los más íntimo del corazón de cada persona en donde el espíritu derrama todos sus dones. Para construir

la paz es necesario llegar a lo más íntimo de cada uno para que de allí brote la paz. Es necesario que la paz esté en cada uno. Que cada uno la experimente. Que cada uno la viva. Sin esta experiencia personal es muy difícil pensar en una sociedad en paz. De esta manera junto a la búsqueda de la paz colectiva, está la pregunta por la paz en el interior de cada uno. Construir la paz desde dentro para que pueda realizarse en lo de afuera.

Este don de la paz genera “nuevas maneras de actuar” que, desgraciadamente, la mayoría de las veces las dejamos en simples utopías que creemos son imposibles de realizar. Me refiero a los tiempos mesiánicos narrados por Isaías donde el conocimiento de Yahvé transforma en arados las espadas y en podaderas las lanzas (Cf. Is. 2, 4) y en la capacidad que tiene el bien de vencer el mal (Rom 12, 21).

En el primer caso, para el pueblo de Israel los tiempos mesiánicos eran una realidad futura pero para nosotros los cristianos estos tiempos ya llegaron y, por lo tanto, tendrían que ser una realidad en nuestra experiencia de vida. En un mundo donde existen “escuelas de muerte”, lugares donde se entrena a las personas para matar y se dan reconocimientos por ejercer dicho oficio, es urgente ser capaces de crear “escuelas de paz” donde se pueda “desaprender la guerra” y “aprender la paz” educándonos en la cultura y en el evangelio de la no violencia (Cf. Degan, 2005: 14). Esta propuesta la trabajó un religioso comboniano que terminó su Maestría en la Facultad, Alberto Degan, y considero que debemos seguir impulsándola. Así mismo existen otros esfuerzos por trabajar la paz desde ambientes de paz. De eso se habló en el II Congreso Internacional sobre la dimensión política de la no violencia que se realizó hace poco tiempo en esta misma universidad. Allí se señalaba la experiencia de los pacicultores, es decir, cultivar la paz, construir la paz desde la misma paz y no desde acciones contrarias a la paz.

En el segundo caso, la parábola del trigo y la cizaña es muy dicente (Mt 13, 24-30). La primera tentación que tenemos es la de arrancar la cizaña sembrada por el enemigo. Es necesario dejar el campo limpio, despejado de toda sospecha de corrupción. Y sin embargo el patrón es tajante: “No la arranquen, no sea que al arrancar la maleza arranquen también el trigo. Dejen crecer junto el trigo y la maleza. Cuando ambos crezcan se podrán distinguir y se podrá arrancar cada uno para destinarlo a su verdadero fin, la cizaña para el fuego y el trigo para la bodega. Lógicamente la parábola no se puede interpretar literalmente porque de ahí sacaríamos consecuencias nefastas como el permanecer pasivos ante la cizaña o el dejar que las cosas se solucionen en el tiempo futuro. Estas posturas no están lejos de lo que muchas veces se ha vivido en el cristianismo al dejar todo para la vida futura.

Lo central de la parábola es comprender que para la propuesta cristiana el mal se vence a fuerza de bien y que ésta es la manera de proceder que el evangelio y la cruz de Cristo nos proponen. La radicalidad del Nuevo Testamento, que no acabamos de creérnosla, es esa superación de la ley del talión “ojo por ojo, diente por diente” (Mt 5, 38) por la lógica de la cruz que es “escándalo para los judíos, necedad para los griegos pero para nosotros fuerza de Dios” (1 Cor1, 22-24).

¿En qué consiste esta lógica de la cruz? En que en vez de guardar la propia vida y acabar con la cizaña, la hacemos fructificar y desde esos frutos buscamos transformar la realidad negativa. La cruz no es la resignación pasiva de quien aguanta todo lo que pasa, tampoco es la ingenuidad de quien se pone en manos del enemigo para ser descuartizado, sino el amor voluntario que se decide a transformar por la fuerza de ese mismo amor la realidad que le rodea. Ese amor se

fundamenta en la dignidad de todo ser humano que para la experiencia cristiana no sólo es un derecho humano inalienable sino la experiencia vital de sentirnos hijos del mismo padre y por eso todos hermanos. En efecto, para el cristianismo esta dignidad fundamental se expresa en el Evangelio en ese Padre bueno que hace “brillar el sol sobre malos y buenos y caer la lluvia sobre justos y pecadores” (Mt 5, 45).

La lógica de la cruz no es otra cosa que la praxis de Jesús donde el amor tiene la última palabra. No vino para condenar sino para salvar, no vino para arrancar de la faz de la tierra a los malos sino para conseguir que se hicieran buenos, no vino para distinguir bien las ovejas malas de las buenas sino para dedicarse a las más necesitadas aunque eso implicará dejar a las noventa y nueve que en ese momento no necesitaban su presencia. Toda una lógica que resulta perfectamente comprensible en el ámbito privado, en el templo, en la vida espiritual y ascética de cada uno, pero que nos parece locura, escándalo y contradicción en la vida pública, en la calle, en lo cotidiano, en la realización social.

Porque esta lógica cambia la manera pretendidamente “normal” de actuar, porque rompe con el orden establecido y nos pone continuamente en peligro de estar siempre necesitados de trabajar por la paz no es de extrañar que en el programa del Reino –las Bienaventuranzas- se llame “felices” a los que trabajan por la paz (Mt 5, 9). Entender y practicar esta lógica es concreción de ese don de Dios que se hace historia a través de las personas que actúan de esa manera. Esta “felicidad” se corresponde a la del tesoro escondido en el campo que por “la alegría” que da, se vende todo para comprar aquel campo (Mt 13, 44). Practicar las bienaventuranzas es vivir el Reino y vivirlo es participar de la alegría que éste da. Además, esta afirmación “en presente” -los que trabajan- que se corresponde a las de todas las otras bienaventuranzas –los limpios de corazón, los misericordiosos, los que tienen hambre y sed de justicia, etc.- nos hace caer en la cuenta que la paz no es algo que se alcanza de una vez para siempre sino que es una tarea que siempre tiene que realizarse. Así es la vida cristiana: una experiencia de compromiso con la construcción del Reino que es siempre actual.

3. ¿POR DÓNDE PASA LA PAZ QUE DEBEMOS CONSTRUIR?

En estos momentos de tanta polarización en nuestro país a nivel político y de una única mirada frente a tantas realidades que debemos abordar, conviene alargar los brazos de la paz a todas aquellas realidades que son propuestas de paz concretas y efectivas y que no se pueden dejar de lado para que seamos llamados “hijos e hijas de Dios”. Quiero señalar algunas sabiendo que muchas otras se me escapan y que entre todos podríamos señalar muchas más, talvez más urgentes en este momento. Lo interesante es iniciar esta relación para ser completada, modificada y precisada por muchos otros.

La paz no es un fin, una meta, un objetivo por alcanzar. La paz es un camino que tenemos que transitar. En ese sentido podemos decir ¿cuáles son los caminos que tenemos que recorrer para vivir la paz?

1. El camino de hacer posible que en este mundo quepan todos y todas

Este aspecto sigue siendo una realidad urgente y, por desgracia, ya tan olvidada por tantos sectores incluidos algunos de Iglesia. Toda esa mística, esa conciencia social, ese descubrimiento

del pobre como lugar privilegiado del compromiso con Dios que se vivió con tanta fuerza en la época de la teología de la liberación en Latinoamérica hoy parece ser una realidad “pasada de moda”, “agotada”, “no pertinente”, “que no interesa a los jóvenes” mucho menos a los “jóvenes religiosos(as)”. Lo grave no es sólo que para muchos sea una teología desconocida sino que algunos han sido formados en contra de ella.

No es cuestión de traer aquí los estudios que siguen señalando como la situación social es caldo de cultivo de la guerra y, a su vez, como ésta genera la pobreza que vivimos. Pero si podemos decir que lo que sigue siendo profundamente evangélico es no renunciar a la cuestión social a la hora de vivir el compromiso cristiano. No es que éste hubiera estado distante en los ámbitos donde la vivencia cristiana ha sido fiel al evangelio pero si la preocupación social no ha tenido la misma centralidad en todos los momentos y aún, en la actualidad, se corre el peligro de dejarla de lado. La novedad de este último tiempo es entender cómo funciona la sociedad y por qué resolver el problema de la pobreza no depende de buenas intenciones y de generosos actos caritativos sino de una estructura distinta que debemos hacer posible entre todos. “La paz es fruto de la justicia” (Cf. Is 32, 17) no es un slogan sino una realidad necesaria para la construcción de la paz. El sistema neoliberal ha generado el aumento de la pobreza o mejor el cambio de la pobreza por la realidad de la exclusión. Hoy los pobres no son solamente pobres sino excluidos de este sistema injusto. Y ya no solo los individuos sino los países. Los tratados que se están proponiendo de alguna manera están manejando el mismo esquema: o se aceptan las condiciones o se corre el riesgo de quedar excluido del mercado mundial vigente. Esto hace que se deban aceptar ciertas condiciones y términos para poder permanecer “vivo” dentro del mercado global. Es la misma situación de los pobres, que no solo están menos pobres sino más condicionados a aceptar las condiciones que se impongan para sobrevivir en este sistema que ha puesto como centro y razón de ser de su existencia el mayor lucro y ganancia. ¿Cómo no renunciar a trabajar por el cambio de esta situación? ¿Cómo seguir soñando con “otro mundo posible”? Tendríamos que darle mayor divulgación e importancia a todos esos encuentros y foros alternativos donde se sigue soñando con otra manera de ser, de vivir y de organizarse. Se han realizado cinco versiones del Foro Social Mundial (2001-2005) y estos eventos son poco conocidos y apreciados por muchos sectores incluidos algunos de la Iglesia.

Cuando las utopías de ese mundo más equitativo parecen estar sucumbiendo, cuando se está perdiendo “el ardor” que se vivió -con todas sus luces y sombras- en los años del surgimiento y consolidación de la teología de la liberación, la construcción de la paz pasa por este compromiso efectivo con un mundo donde los pobres puedan tener sitio y no queden al margen de la historia.

2. El camino de la aceptación de la pluralidad

Estamos viviendo en un mundo pluricultural y plurirreligioso por nombrar algunas de las pluralidades que hoy constatamos. La paz pasa por este reconocimiento de la pluralidad. Reconocimiento que no tiene ninguna actitud pasiva porque caeríamos en el relativismo sino la actitud activa de quien reflexionando sobre su propia identidad valora y respeta la identidad de los otros. Es un trabajo muy arduo. Las constituciones de los países van aceptando esas pluralidades pero más difícil es la aceptación real en el corazón humano. El rescate, valoración y aceptación de las diversas culturas es imprescindible para la construcción de la paz.

Cabe anotar aquí que hoy se habla más del diálogo intercultural porque la pluralidad no es solo la tolerancia de que exista todo sino que reconociendo la identidad y valores de cada cultura entremos en verdadero diálogo para enriquecernos, fecundarnos, cuestionarnos y transformarnos. Ante una cultura global que nos violenta y que nos uniformiza –por decir algún ejemplo, los celulares se ven en todos los estamentos y culturas o la moda, etc.-, el respeto por las culturas particulares y el trabajo por no dejar que nos avasalle la cultura dominante es muy importante. Sin duda, por aquí pasa el compromiso con la construcción de la paz.

A nivel del diálogo interreligioso la cuestión no es menos urgente. ¡Qué difícil es quitarnos de la boca la palabra secta! No porque esta palabra no pueda existir y la empleemos cada vez que sea necesario referirnos a la característica de separación de un determinado grupo. Pero más de una vez podríamos leer como sectarios muchos de nuestros comportamientos aparentemente cristianos. Lo que importa ahora es despertarnos a la nueva sensibilidad y antes de colocarle el rótulo de secta a una religión, grupo o movimiento, le conservemos la dignidad que reclame y aceptemos su existencia para desde ahí poder dialogar, confrontar, purificar y cambiar todas las experiencias religiosas. El diálogo interreligioso nos supone una profundización más fuerte en nuestra propia identidad pero no para defendernos apologeticamente sino para poder ofrecer al mundo lo específico y propio de la confesión religiosa que profesamos. La paz pasa por esta aceptación real de las diversas experiencias religiosas y por la humildad de ofrecer desde la propia confesión lo propio y específico de nuestra fe. Un ofrecimiento que siempre se hace libre, sin imposición. Como una invitación que puede atraer y convencer pero nunca imponer y subyugar.

3. El camino de un nuevo orden de relaciones genéricas

Un aspecto del que algunos quisieran que ya no se hablara más, es el de las relaciones genéricas donde los constructos culturales atribuidos durante siglos a hombres y mujeres se cuestionan, se redefinen y se exploran nuevos horizontes. ¡Cuánto debate y cuánta crítica en el mismo seno eclesial a todo lo que tenga tinte de movimiento feminista! Entre hombres y mujeres y, a veces, más entre estas últimas. Lo que quisiera traer aquí es que la paz pasa por el compromiso de llevar adelante esta nueva realidad a la que estamos abocados y que sin realizarse no se puede aspirar a un nuevo orden mundial fruto de la paz. Cuánta violencia ejercida sobre la mujer y sobre el hombre durante siglos mantenida oculta en costumbres culturales, en tradiciones ancestrales, que nos han estigmatizado a cada uno de los dos géneros. A las mujeres se nos ha impedido ser protagonistas de la historia, ser inteligentes, ocupar puestos de responsabilidad, en otras palabras, responsabilizarlos del ámbito público. Pero a los hombres se les ha impedido ser ellos mismos, mostrar sus sentimientos, vivir su paternidad a profundidad, tener una palabra seria y creíble que decir en el ámbito privado allí donde también su visión se necesita y se requiere. ¿No será el fenómeno del homosexualismo uno de los tantos signos que revelan esta castración que durante siglos se ha hecho al hombre? No quiero decir que esta sea la causa del homosexualismo pero sí creo que en algunos casos esa realidad esta denunciando una manera de ser hombre que no satisface a lo más profundo de esa misma condición.

La construcción de la paz pasa por una sociedad donde como dice Pablo “no haya más diferencia entre quién es judío y quien es libre, entre quien esclavo y quién es libre, entre quién es hombre y quién es mujer” (Gál 3, 28). Una sociedad en la que la pregunta “¿será que una mujer puede ocupar este puesto de responsabilidad?” sea ya un recuerdo del pasado y no tengamos las mujeres

que seguir llevando a cabo el doble trabajo de ejercer la función encomendada y “mostrar” que el hecho de ser mujer no demerita en nada la posibilidad de ejercerlo.

4. El camino de una comunión cósmica

Los desastres naturales que han sucedido recientemente son signos que nos “gritan” la urgencia de un cambio de mentalidad frente a la naturaleza y una nueva relación del ser humano con ella. Son “signos de los tiempos” que reclaman mayor colaboración y atención de nuestra parte. Aunque la fe nos sitúa en el centro de la creación y en íntima relación con ella, la dicotomía que ha acompañado nuestra vida -en tantos sentidos- ha tocado también esta relación con la naturaleza. De “señores” de la naturaleza en el sentido de cuidarla y conservarla nos convertimos en “dueños” que la utilizan para su beneficio y la destruyen a su antojo. En este sentido, la figura de San Francisco de Asís y su cántico de paz es un signo y testimonio elocuente de la dimensión cósmica que debe acompañar la vivencia de la fe. Es urgente recuperar esa sensibilidad para hablar de la hermana tierra, de la hermana luna, de la hermana agua y vivir la paz desde esta integralidad de todas las relaciones que el ser humano es capaz de establecer.

Esa comunión cósmica, además, nos permitirá acercarnos a las tradiciones religiosas de los pueblos indígenas donde la relación con la naturaleza es determinante y dará a nuestra espiritualidad una mayor integralidad al tener en cuenta todas las relaciones que el ser humano establece: con Dios, con sus semejantes y con la creación. Esto no significa un retorno al “panteísmo” sino una experiencia del génesis en aquellos términos originales “Y vio Dios que todo cuanto había hecho era muy bueno” (Gén 1, 31).

5. El camino de la no violencia

En esa lógica de la cruz que señalábamos antes, encontramos el camino de la no violencia como esa resistencia activa para contrarrestar los brotes de violencia que impiden vivir la paz. Los cánticos del siervo de Yahvé nos permiten identificar algunos momentos que se recorren cuando se transita este camino.

En el primer cántico vemos, siguiendo los aportes del conocido biblista Carlos Mesters, la lógica de la resistencia: “el oprimido no oprime”. Dice el cántico 42: “He aquí a mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido, el preferido de mi corazón. He puesto mi Espíritu sobre él y por él las naciones conocerán mis juicios. No clamará, no gritará, ni alzará en las calles su voz. No romperá la caña quebrada ni aplastará la mecha que está por apagarse”. Es en palabras del Nuevo Testamento la lógica de ofrecer la otra mejilla al que nos abofetea una (Mt 5, 39). Si en lugar de poner la otra mejilla, respondemos al golpe, ya ni agresor ni agredido tienen argumentos para sentirse culpables. El no responder de la misma manera hace más evidente el mal que está causando el agresor y ese mismo mal puede hacerle ver que está cometiendo una injusticia.

El segundo cántico abre un camino más activo. Es el compromiso efectivo con la construcción de la paz mediante la denuncia de toda injusticia. Así se expresa en el cántico “Hizo de mi boca una espada cortante (...) hizo de mi una flecha puntiaguda” (Is 49,2). La no violencia pasa por las palabras y los gestos que denuncian los atropellos que se cometen. Las marchas, manifestaciones, símbolos, etc., son señales de esperanza porque convocan a otros, fortalecen las convicciones, generan fuerza y compromiso comunitario.

El tercer cántico habla de la constancia y fidelidad del que emprende el camino de la no violencia: “Cada mañana él me despierta y lo escucho como lo hacen los discípulos. El Señor Yavé me ha abierto los oídos y yo no me resistí, ni me eche atrás” (Is 50, 4-5). La no violencia pasa por esa fidelidad constante que solo puede brotar y ser mantenida por la unión con el Señor, por la vida que se deja recrear todos los días por el Espíritu y que actualiza sus frutos en lo cotidiano que le toca vivir.

El último cántico en el que se afirma que “El soportó el camino que nos trae la paz” (Is 53, 5) nos enfrenta con la lógica de la cruz que tiene como finalidad no “vencer” al enemigo, sino “convencerlo” de su error para que cambie y sea posible la paz. El movimiento inicial que habíamos señalado de dar la otra mejilla, llega el extremo de dar la vida y, es precisamente ese gesto el que puede lograr ya no controlar simplemente el enfrentamiento violento sino el poder generar esa paz, don de Dios, que viene de dentro y que se fundamenta en el reconocimiento de la culpa y el movimiento hacia la conversión. Sin lograr ese fruto toda paz que se proclame es una paz mantenida a la fuerza, que dura mientras existan los mecanismos necesarios para mantenerla y las condiciones que impidan tomar la revancha.

La verdadera Pascua que surge de la lógica de la cruz, proviene de haber conseguido la conversión. Es, entonces, cuando la lógica de la cruz se convierte en fuerza de Dios para los que creen. Este es el gran desafío para todas las leyes de “justicia y paz” o “verdad, justicia y reparación” que deben implicar este proceso. No es poner el énfasis en el castigo que se aplica porque esto responde a la “sed de venganza” sino en la capacidad de convertir a todos los actores del conflicto. Este aspecto es también bien importante: sentir que la paz es tarea de todos y que a todos nos implica la conversión y el cambio.

CONCLUSIÓN

Muchos otros caminos de paz deben ser transitados. Es tarea de todos darle nombres y recorrerlos para hacer que “El callejón tenga salida” retomando el título del “Informe Nacional de Desarrollo Humano: El conflicto, un callejón con salida” elaborado por las Naciones Unidas en el año 2003.

Deber nuestro es concretar nuestra experiencia cristiana en esos recorridos. Ésta experiencia no tiene la solución y no conoce todos los caminos pero tiene la fuerza del Espíritu “poder de Dios para los que creen”. Y este aporte no es poca cosa. Es el camino del mantener la actitud profética en medio de tantos hechos que nos venden la idea de que por medio de la guerra conseguiremos la paz. Es tiempo de gritar “a tiempo y a destiempo” que la paz solo se alcanza con la paz. Que el Señor de la paz nos regale su Espíritu en esta noche para ser verdaderamente constructores de paz.

Bibliografía

- Biblia Latinoamericana. Ediciones Paulinas y Verbo Divino. España, 1972.
- Degan, Alberto, *Vino a anunciar la paz. La no violencia evangélica y sus implicaciones misioneras*, Bogotá: Ed. Católica Sinfronteras, 2005, 175p.
- Mesters Carlos, *La misión del pueblo que sufre: los cánticos del siervo de Dios en el libro del profeta Isaías*. Madrid: Ed. Paulinas, 3ª. Ed., 1993, 215p.